Is 60,1-6; Sal 71; Ef 3,2-3.5-6; Mt 2,1-12

Epifanía del Señor

Jesús nació en Belén, un pueblo de Judea, en tiempo del rey Herodes. Por entonces, unos sabios de Oriente se presentaron en Jerusalén, preguntando: ¿Dónde está el rey de los Judíos? Hemos visto su estrella en el oriente y vinimos a adorarlo». Al oír esto, el rey Herodes se alarmó y con él toda Jerusalén [...]. Entonces Herodes convocó a todos los jefes de los sacerdotes y les preguntó dónde tenía que nacer el Mesías y los envió a Belén diciendo: «En Belén de Judea. Entonces Herodes, les dijo: Vayan a Belén e infórmense bien sobre el niño; y cuando lo encuentren avísenme, para ir también yo a adorarlo». Ellos, después de oír al Rey, se pusieron en camino y la estrella que habían visto en oriente los guio hasta que llegó y se detuvo encima de donde estaba el niño. Al ver la estrella, se llenaron de una inmensa alegría. Entraron en la casa, vieron al niño con su madre María y lo adoraron postrados en tierra. Abrieron sus cofres y le ofrecieron como regalo oro, incienso y mirra. Y advertidos en sueños que no regresaran donde estaba Herodes, regresaron a su país por otro camino.

Los Magos, figuras de los sabios y reyes orientales, son atraídos por aquel que es anunciado por la estrella como rey de todas las naciones: hombres de la búsqueda, hombres del camino. Dispuestos a dejar todo, a afrontar cualquier dificultad, con tal de seguir al astro: «Al ver la estrella, sintieron una alegría grandísima». Y sin embargo, no tienen ninguna certeza. Durante el camino emprendido han tenido que preguntar continuamente, buscar, indagar y leer los signos del cielo enviados a ellos por Dios. Han tenido que permanecer atentos, intuir el engaño de Herodes, usar la inteligencia y sagacidad para secundar así la obra de Dios y para poder gozar finalmente de la visión del niño:
«Al entrar en la casa, vieron al niño con María su madre, se postraron y lo adoraron». El camino de los Magos describe el camino de la fe que cada uno de nosotros hace dentro de la Iglesia: los dones de Dios para cada uno de nosotros, la Palabra que nos ilumina el camino, los sacramentos en los cuales reconocemos al Señor, el testimonio de las personas. De hecho, en las obras concretas de la vida, comprendidas a la luz de la Escritura, es que cada uno de nosotros puede ver la estrella a seguir. La estrella es el llamado de Dios, nuestra vocación. En este camino aprendemos a reconocer la presencia del Señor en los momentos bellos como en los dolorosos. No debemos asombrarnos, dice Carlos Borromeo, ya que Dios, en su sabiduría infinita, saca el bien también del mal. La vida cristiana es un continuo acto de reconocimiento de la presencia de Dios en la experiencia de cada día. Por lo tanto, pongámonos en camino también nosotros, con valentía, dispuestos a abrir el cofre de nuestro corazón y poner el don de nuestra vida en las manos del niño. Sólo en aquellas manos todo será conservado y podrá dar su mejor fruto.

Hemos visto su estrella en oriente y hemos venido para adorar al Señor.

En virtud del bautismo recibido, cada miembro del pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero (cf. Mt 28,19). Cada uno de los bautizados, cualquiera sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador. La nueva evangelización debe implicar un nuevo protagonismo de cada uno de los bautizados (EG 120).

©AVE, *Coraggio, sono io*. Azione Cattolica Italiana – www.azionecattolica.it